

CRONICA INTERNACIONAL

REQUISITORIA DE TRUMAN

De la voz de Truman han resonado las naciones de dos Continentes. No conocemos refutaciones a la requisitoria del estadista norteamericano contra Moscú. Dirigirse a los miembros del Senado a la vez que a los de la Cámara de Representantes era dirigirse al mundo.

Vendaval de entusiasmo se ha llamado a algún poeta en la Roma clásica; vendaval de vehemencia fué de pronto Truman para establecer la justicia en las relaciones entre pueblos. Exhorta el Presidente a su nación a que conceda a los griegos la ayuda que necesitan.

La misión norteamericana que visita Grecia y pulsa allí los afanes del momento informa que urge la prestación de auxilios. La nación que se condujo abnegadamente en la guerra debe ser asistida por el Estado más rico del orbe. Este es el parecer de los comisionados, al que se suma la embajada de la Unión en Atenas. Se duele Truman de que una minoría se sitúe fuera de la ley para consumir tropelías. Son bandas sueltas de brigantes más que la hez de las facciones políticas. Partidas que campan donde pueden, antes que partidos, son. Se mezclan a la sedición, pero, sobre todo, al desmán por el desmán, con el pretexto de que se agitan contra la miseria. Como las privaciones existen, no se ataja el disturbio con la dureza que precede al orden. La nación, con estas sacudidas, tarda en recobrar su equilibrio económico. El Estado mismo es sensible a estas conmociones, que el comunismo enciende con táctica, según Truman. El Gobierno contemporiza a veces con la revuelta, y toca en laxitud si no en lenidad.

El Presidente norteamericano no recata que esta debilidad del Gobierno de Atenas le disgusta. Desaprobamos sin atenuación —ha dicho— las disposiciones extremistas, así en las izquierdas como en las derechas. La ayuda a Grecia es justísima por lo demás, y el Gobierno de Washington acoge con amplitud la demanda de la nación amiga. Turquía, en la vecindad de Grecia, cuenta también con la atención de los Estados Unidos. Las condiciones en que el pueblo otomano se desenvuelve son muy distintas de las que tienen encadenados a los griegos. Turquía no ha sufrido ni remotamente lo que Grecia; y ha recibido en armas y en numerario el apoyo material del Gobierno de Washington.

A que revigoricen esta asistencia invita Truman a sus compatriotas, porque Turquía, al renovar sus técnicas, contribuye a la paz del mundo. No vaticina concordia el Jefe del Estado, pero no renuncia a confiar aún en que las fuerzas del bien transfiguren al hombre y le restituyan a su plenitud. Cooperar al orden en Turquía es cooperar al orden del Oriente Medio, sin el que peligraría el de toda una constelación de Estados.

“Al defender —asevera Truman— la libertad de Grecia, a la vez que la de Turquía y la del Oriente Medio, defendemos las nuestras. Estado que ampare las instituciones de un país al que determinados poderes cerquen para la opresión, consolida sus propias instituciones además de honrarlas.”

La verdad es una y la misma para todos los países y para los tiempos todos. No hay en este punto casuismo que valga, y lo que en la Roma de los Papas, la urbe del orbe, no se legitime (Truman no dice en Roma sino en Washington), no es legítimo ni en Berlín ni en Viena ni en Tokio. Nadie niega la universalidad de los dogmas de la fe; gracias a los cuales trasciende el hombre a realidades últimas más allá de las fronteras de la muerte.

El Derecho descansa, a su vez, sobre verdades que un orden universal justifica. La Moral no abdica las suyas, y el saber político pretende que haya algunos al menos que no cambien. Uno de los españoles que más puede adoctrinar y definir ha escrito memorablemente: “La economía sirve a una política, la política de una historia, la historia a una moral, la moral a una religión. En la escala de fines, cada fin se convierte

en medio ascensional hacia el fin último." Y también: "La economía sirve a un orden total, en que la patria es primero servida, pero para que ella sirva a su vez a grandes fines universales y en definitiva ordenados por Dios, motor primero y último."

Supo un cierto historiador, al emprender tareas en economista, servir a un orden político al que los fines universales no son ajenos. Oía repetir que la inteligencia, si lo gana todo, sabrá que todo es nada en el fluir de las edades. Había, a despecho de estas sentencias, que someterse a la ordenanza y encadenarse a tareas que no cambian el sentido del universo. Se avino a llenar, hora a hora, minuto a minuto, el tonel de las Danaides, a sabiendas de que está horadado. Veló miles de noches al servicio de la Historia, cuando era en él más firme la certidumbre de que las lecciones de los padres son lecciones perdidas para los hijos. Mostró a las gentes de su país errores en que recaen y que son los mismos en que recaerán las gentes de mañana.

¿Por qué el historiador no se adhería más a los objetos más durables de cuantos pueden nacer de la fecundación de la naturaleza por el espíritu del hombre? Había medido demasiado la vanidad de cuanto se piensa, escribe o propaga para no atribuir todo su precio a los cristales que se forman, emergen y persisten en el río del olvido. La poesía, sin duda, ha dominado y dominará por los siglos el mundo el saber en que el Creador se recrea; veía en ella el historiador el punto misterioso en que la cantidad de conocimientos (que siempre nos intimida y siempre nos defrauda) cede a la calidad que se condensa milagrosamente en algunas frases. ¿Es que Truman, gobernante, llega por otras vías a certidumbre análoga? Sí, y admite que el mismo espíritu que sopla donde quiere y hasta cuando quiere reimpanta con su virtud voces caídas en desuso. Reanima así para Truman la voz libertad, que es para nosotros espejo al que se le va el azogue. Pero, pese a todo, "religio est libertas", y la rectitud ayuda al Presidente.

"Contra los sistemas de coacción, e intimidación a que los poderes totalitarios han recurrido en Polonia, Rumanía y Bulgaria — advierte Truman— el Gobierno de Norteamérica ha alzado frecuentemente protestas. Quien avasalla así en sus

zonas de influencia, conculca abiertamente el acuerdo de Yalta. No en un país tan sólo, sino en varios, han ocurrido hechos semejantes. Esto es en la historia del mundo momento en que las naciones —casi todas, si no todas— han de elegir entre diferentes formas de vida. No gozan siempre del derecho a la opción en dilema al que más de una asiste encadenada. A nación que no se manumite porque no puede hay que ayudarle a que se manumita.”

El acto de preferir nos es a veces de angustia por la fuerza del sino. Hay que renunciar a lo mejor y escoger lo que menos se ama. Quien combina las cartas en el naipc combina los hados que juegan irreparablemente así. No vamos a desear que la vida sea un parque de atracciones ni creer que la ventura espera. En el orden internacional cabe, sin embargo, un cierto quijotismo como el que Truman propone. Los Estados Unidos apoyarán, según el gobernante, a pueblos libres que se resistan a ser sojuzgados por minorías a las que la fuerza sostiene.

Sean ellos los que decidan de la naturaleza de su Gobierno y del rumbo de sus instituciones. Quien les cohibe este fuero vulnera la ley divina de que son trasunto las leyes de los Estados y, tornando a su preocupación, Truman afirma con severidad: “Si Grecia cayese bajo el dominio de una minoría armada, el efecto sobre el pueblo turco sería inmediato. El desorden que se produjera podría propagarse al Oriente Medio y perturbar a no pocos países, y si Grecia deja de ser Estado independiente, otras naciones verán también mermada su soberanía. Todo atentado contra las libertades de Grecia o de Turquía es un atentado contra la libertad y ultraja a la justicia.”

Un pueblo inerme, con población escasa, sobrelleva la opresión y aguarda a días mejores. Una nación poderosa en tierra, mar y aire y con 140 millones de súbditos debe erguirse contra el desafuero y tener a raya a quien lo perpetre.

Incluye los Estados Unidos entre sus obligaciones esa que la España del siglo de oro y la de después incluyó tantas veces entre las suyas.

Termina Truman su discurso así: “Solicito del Congreso que conceda autorización para ayudar a Grecia y a Turquía

con 400 millones de dólares durante el período que termina el 30 de junio de 1948."

El reto de gran estilo al que Truman lanza al Oriente ruso, Moscú conmina a su vez, pero más con el silencio que con la palabra. Ha dejado que circule el rumor de que se trabaja por resucitar al "Komintern" que fué disuelto en 1943. Tendrá ahora esta internacional su sede en París, ya que Londres no se avendría a darle albergue.

De los 17 del Directorio del Komintern cuatro tan sólo eran rusos. Los otros 13 viven y actúan desde el poder en diversas naciones. No cambian sus puestos por los que tenían en el Komintern, cuya disolución firmaron.

Veamos lo que ahora son, además de inasequibles como hombres de mando, a la desgana y a lo que se entiendo aquí por cansera:

Pieck, en Alemania, jefe del Partido Socialista Unificado; Koplenig, en Austria, vicecanciller; Kuusiinen, en Finlandia, jefe del Partido Comunista y eminencia gris al servicio de Moscú; su hija, Erta Kuusiinen, esposa del ministro del Interior, Leinu; Dimitrof, en Bulgaria, presidente del Consejo de Ministros, y Kolarow, en el mismo país, presidente del Parlamento; Rakosi, en Hungría, vicepresidente del Consejo de Ministros; Ercoli, que se llama en realidad Togliati, en Italia, ministro de Justicia hasta junio de 1946, jefe del Partido Comunista; Klement Gootwald, en Checoeslovaquia, primer ministro; Anna Parsker, en Rumania, asesor de Cámara, casi de cabecera del presidente del Consejo de Ministros, Groza (el jefe del Gobierno, virtualmente, no es Groza sino Anna Parsker); Maurice Thorez, en Francia, vicepresidente del Gobierno, y Marty, asimismo en la IV República, miembro del Gabinete de Concentración Nacional; Dolores Ibarruri, en fin, que representó a la España comunista en el Komintern, es ahora la sombra de sí misma, o la sombra de otra sombra. Doce, pues, mandan en sus naciones más que mandaron en el Komintern, a cuya muerte no seguirán ni resurrección ni juicio. Hasta los elementos rectores de Moscú reprobarían la vuelta de los 13 a una entidad sepultada. "Ni miento ni me arrepiento", grita aún a la muerte la divisa de un linaje español. Mentimos y nunca nos arrepentimos, confiesan los 17, hoy 12. No

expían faltas, por ahora, ni comprenden el "Donum fac remissionis" de nuestro "Dies irae". En Berlín, en Viena, en Sofía, en Helsinki, en Roma, en Praga, en Bucarest o en París, se sienten más seguros que en Moscú. En el Komitern y en otra sede serían, y lo saben, los aparecidos.

El cartel de desafío de Truman impresiona en Moscú más que las maquinaciones rusas en Wáshington. El estadista norteamericano imagina que el hombre puede restituir todavía su virtud actuante a palabras como "libertad", "rectitud" y "clemencia". Algún filólogo quizá recuerde que "apax", en griego, significa "una sola vez" y es palabra que los helenistas emplean para designar las voces que se encuentran una sola vez en el conjunto de los textos griegos que el mundo actual conoce. Esta rareza no consiente a lo mejor esclarecer o fijar, pese a escolios, glosas o exégesis, el sentido arcano de una cláusula. Las voces "apax" son, en suma, testigos maravillosos pero también precarios de lo que vale nuestra inmortalidad aquí abajo. No está en voces "apax" el secreto lingüístico que nos sea clave para descubrir la bondad de seres y cosas.

En el Evangelio brota para nosotros, inextinguiblemente, el manantial de la salud que el Presidente de Norteamérica busca. "¿Por qué les hablas en parábolas?", preguntan los doce al Divino Maestro, y Él contesta: "Porque a vosotros se os han dado a conocer los misterios del reino de los cielos, y a ellos no se les ha dado. Porque al que tiene se le dará y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo y oyendo no oyen ni entienden." Y luego: "Porque el corazón de este pueblo se ha endurecido."

Reimante el mundo esas palabras: libertad, rectitud, clemencia. ¿Cómo? Creyendo militantemente, creyendo, creyendo.

LORD WAVELL, LORD MOUNBATTEN Y LA INDIA

A lord Wavell sucede, como virrey de la India, lord Mounbatten. El nombramiento responde a un designio que los gobernantes ingleses no recatan.

La India, por decisión de Londres, regirá sus destinos des-

de junio de 1948. Conceder a estas posesiones de Asia la independencia es abolir una de las reglas de oro del Foreign Office. Sin la protección del camino de la India, las posiciones de la Gran Bretaña en Palestina o en Egipto pierden su razón de ser. A un estudiante de Oxford las argucias de los sofistas griegos le divierten un cuarto de hora.

A que la saeta al volar esté inmóvil o a que Aquiles corra menos que la tortuga no es difícil habituarse. A escuchar que el abandono de la India señala el fin del Imperio británico pero no del Commonwealth, no hay inglés que se acostumbre. La prensa laborista esparce, sin embargo, esta argucia a los cuatro vientos cuando en la metrópoli no se renuncia aún a la tutela para con un territorio de 400 millones de almas.

Tutela es, en este caso, soberanía, como soberanía es poderío que ha durado cuatrocientos ochenta y cinco años. Fijemos aquí tres fechas que nos acuden a la memoria, como acudirán, sin duda, a la del lector. 1763: La Gran Bretaña, después de la Guerra de los Siete Años, desposee a Francia de la India y del Canadá. 1876: Benjamín Disraeli, conde de Beaconsfield, funda el imperialismo e imprime a la política de su patria el carácter fundial. 1918: Empieza a declinar la hegemonía de Inglaterra en los siete mares.

Aunque la flota con que Disraeli soñó no prepondera como ayer, es poderosa todavía. "La suerte de la escuadra —ha dicho en 1916 el vizconde Jellicoe de Scapa— será la suerte misma del Imperio." Influirá —hoy lo comprobamos— en las fases del acatamiento con que la India acoja las instrucciones de la metrópoli. Asia conoce una doctrina —el nacionalismo— que será un azote para la civilización, como también para la unidad de Europa.

Otorga Londres a la India la Constitución de 1919 y después el estatuto casi autónomo del India Act en 1935; 1919 y 1920 son los años de Versalles y de Saint Germain, y de Neuilly, Trianon y Sèvres; pactos de un día son los años de la resurrección de Polonia y de las anexionas por Italia del Trentino austríaco y de Trieste en la Istria. Todo, como se ve, destinado a pasar "sicut umbra".

La Constitución que Londres concede a la India no es toda estable; la del 2 de agosto de 1935 no convenía allí tam-

poco. La India, como de la Edad Media se dijo, es enorme, pero no, ni mucho menos, delicada. Tiene 18 provincias y 560 Estados feudales, a los que fueros de papel confederan. Delhi es sede de un Imperio de 350 millones de habitantes, de los que 239 son hindúes, 78 del Islam, seis cristianos, cuatro sikhs, a los que siguen en número dijaines, zoroastrianos, sectas de Israel y otras. Decimos siempre que está en la frente la latitud en que el hombre es incorruptible. Ella, en cuanto castillo de jerarquías, es lo que más se acerca al paraíso; la confusión, por el contrario, es lo que más se parece al infierno. Allí donde el gentío prolifera y pulula se dan fermentos infernales. Pensemos que en la provincia de Bengala, cuya capital es Calcuta, viven, si aquello es vivir, 50 millones de seres humanos; en las provincias unidas de Agra y Audh, 48; en la de Madras, 46; en Bihar y Orissa, 37; en el Pendjab, regido desde Lahore, 23, y en Bombay (comarca), 21. Cuando un inglés, para sus traerse al suplicio de estos hormigueros, se va a un rincón, de pensar y de estar solo, no se cambia por siete mahrajaes. Pero del despego por la India al abandono hay una distancia que para Inglaterra es incalculable. Es la del ser al no ser; sin que el tema del tiempo y sus renovaciones que canta para las islas en Dryden y en Shelley consuele. "Tis well and Old Age in oust and time to begin a New." Esto en Londres puede ser alegado con vez que la bruma apague, pero no en Gibraltar, ni en Suez, ni en Aden, ni en Singapur, ni en Delhi.

Elude el primer ministro de la Corona el circunloquio para explicar la evolución del Commonwealth hacia la independencia de la India. ¿Adónde se encamina Clement R. Attlee? Justamente hemos leído estos días su obra, *Hacia una nueva estructura social*. Una lectura es, a veces, un debate y, consiguientemente, un ejercicio tónico que nos redobla el vigor. Ante el volumen de Attlee ha habido que mover reparos en orden de batalla y batirse con el autor en cada capítulo. Lo que nos sitúa enfrente del político no es en este caso su dialéctica, sino su concepción del mundo, que quizá, y Dios lo quiera, varíe. El polemista es ágil en extremo, pero el pensador pierde la guardia. Con el primer Attlee el diálogo es estimulante, con el segundo no. Anuncia la obra, al defender el laborismo, re-

formas y reajustes en todos y cada uno de los departamentos ministeriales.

En estas mudanzas va incluida la abolición de la Cámara de los Lores, que es para Attlee anacrónica porque se funda en la riqueza, pero sobre todo en el privilegio. De la riqueza nace, sin embargo, la civilización, y de las prerrogativas de la sangre, de la posición o de los servicios una buena parte de la dignidad humana.

“Si los intereses financieros —conmina el primer ministro— osan obstruir al Gobierno laborista, éste no vacilará en pedir poderes extraordinarios. Si cualquier facción es lo bastante temeraria para querer derribarle, el Gabinete usará de los resortes todos de la fuerza para derrotar a los descontentos.” Cien Gobiernos fuertes han procedido así y proceden aún y procederán, Dios mediante.

A los Gobiernos fuertes, si actúan en Moscú o en la Roma en que Mussolini es un segundo Sila y un condottiero —además de un gibelino que tiene en su propio ser a raya al guelfo—, o en Berlín, se opone el libro de Attlee. Si este gobernante pide poderes extraordinarios, ¿dejará que se relajen ante la India? Churchill, en 1942, ofrece el estatuto de dominio a un territorio de 4.311.000 kilómetros cuadrados y 339.175.000 habitantes.

La comunidad británica de naciones ve malograrse en esa fecha la gestión de Stafford Cripps porque los indios piden independencia. El Gabinete laborista, luego de negociar con los dos grandes partidos de la India, firma el pacto de 16 de mayo de 1946, en virtud del cual, mientras se elabora la Constitución, asuma el poder un Gobierno central indio. Los musulmanes están por la fórmula “se obedece pero no se cumple”, y aunque se llevan a la boca y al corazón los decretos del virrey, saben esperar. La Liga musulmana se niega abiertamente a participar en las deliberaciones de la Asamblea constituyente, que, reunida a fines de diciembre de 1946, proclama a la India república soberana e independiente.

Mantiene la Liga su reivindicación del Pakistán, impidiendo así que la unidad de la república se consume enteramente.

La presencia de los ingleses encendía el fervor de la Liga, y el laborismo piensa que retirándole el apoyo, los musulma-

nes, ya solos enfrente de los hindúes, se mostrarán más conciliantes. Para que se inclinen a estas disposiciones, el Gobierno de Attlee toma la resolución realmente temeraria del 20 de febrero. En ella se promete que la Gran Bretaña renunciará dentro de quince meses a sus derechos de soberanía y a los de la Corona en favor de un Gobierno central indio o de Gobiernos provinciales autónomos.

Lord Mounbatten, el nuevo virrey, ha ganado la confianza del panda Nehru. Pero el Gabinete de Londres y Clement R. Attlee, primer ministro, ¿adónde se encaminan?

Todo un tiempo de esplendor, de poderío y de fe, que ha durado ciento ochenta y cinco años, ¿va a terminar así?

ABANDONAR Y RETENER EN LOS IMPERIOS COLONIALES

Cuando los barcos de Inglaterra doblan el Cabo de Buena Esperanza para dirigirse a la India están allí los portugueses desde casi cien años antes. Con el poderío mercantil de Lusitania lucha la Compañía inglesa de las Indias orientales para fundar sus primeros establecimientos. La más vieja de las factorías inglesas con fortificación en la India es la que el mercader Francis Day asienta en el palmo y medio de territorio que un cacique le cede en la costa de Coromandel. Portugueses y holandeses entonces no caben en el mismo mar y lo disputan en combates tenacísimos.

Sobreviene la matanza de Amboyna y es poco después cuando Inglaterra campeará en el comercio de la India. De la antigüedad del abolengo británico en estas posesiones no se paga la metrópoli, pero el tiempo se alía ya con ella.

El Pendjab es inglés desde hace un siglo, pero Bengala lo es desde 1765, Bombay desde 1668 y Madras desde 1639. Provincias independientes no son hasta años después, pero se van sucediendo allí las generaciones con sangre metropolitana.

¿Qué abandona y qué retiene el Imperio de Jorge VI en la India? ¿Qué abandona y retiene en Egipto, y en la Palestina, y qué Francia, en cuanto cuarta República, en Cochinchina, Camboya, Tonkin y Laos? Veamos:

Veintidós mil piezas ha ajustado el Imperio para mantener su estructura. De la comunidad británica de naciones con su hegemonía en los siete mares hablamos. Suman, con la metrópoli y la India y sus dependencias, los Dominios, colonias y protectorados, 34 millones de kilómetros cuadrados, que se esparcen en cinco continentes, a los que hay que añadir la Antártica.

Veintidós mil son las piezas de la estructura, y de las veintidós mil ni una sola ha saltado en la segunda gran guerra. Poeta de este Imperio es todavía Kipling, que es de los muertos que mandan y que nunca se mueren en Inglaterra del todo. Cuando Kipling se fué al otro lado del mundo, de las guarniciones más lejanas del Imperio se alzó un redoble de tambores enlutados. No otro iba a ser el adiós a quien comunicaba en su obra el sentido heroico de la vida. Del autor del *Libro de las selvas vírgenes* escribe en 1900 Chevillon con palabra justa de temple como de cincelados: «En sus canciones, en sus baladas, que se repiten hoy en los cuarteles, en los barcos de la Flota, en las plantaciones, Kipling ha invocado al dios que forja la sorprendente cohesión de Inglaterra. En el mismo poema que canta al mar bien labrado por los ingleses, a los hombres de cinco comidas nutridos de carne, al Banco de crédito sin fin y los recursos del Imperio, tornando a lo que es el corazón y el hogar del Commonwealth saluda a Westminster, la abadía que hace que «nosotros digamos nosotros».

«Sigue dando tu gracia a tu pueblo, Señor, que nos has exaltado por encima de otras naciones. Haz que continuemos humildes ante Ti. Impide que, ebrios de nuestra potencia, nos engriamos como los gentiles y las razas inferiores, que no conocen la ley.» He aquí —resume Maurois— la idea y el sentimiento del famoso recensional, del himno que Kipling escribió al día siguiente del jubileo de la Reina Victoria. Este creador de mitos fué en la metrópoli la voz de las posesiones distantes, y en las posesiones la voz de la metrópoli.

Kipling mató a la muerte antes de que la muerte le matara. No se ha alterado todavía, pese a la guerra, la unidad de los territorios de la Gran Bretaña. Los que Francia posee en su Imperio han conocido, en cambio, disturbios e insu-

recciones, como los de la Indochina. El jueves 13 de febrero, Ho-Chi-Min, primer ministro comunista de la República de Viet-Nam, dice en carta a Doon Campbell, corresponsal de Reuter: «Mi Gobierno apelará a las Naciones Unidas en demanda de arbitraje.» ¿Quimera? Quimera; pero la cordura en tierras de Indochina no ha aclimatado nunca. Convulsiones cruentas, ¿cuándo no se han visto allí? Hasta en los fastos de Angkor, que es la obra maestra de las colonias, la sangre humea al cielo porque los dioses tienen sed. Data de 1931 la Exposición colonial de varias naciones celebrada en París. A este certamen había precedido el de 1915 en Casablanca, organizado por el mariscal Lyautey. Ante la apertura de la Exposición de 1931, Lyautey escribía lealmente: «La Exposición de Casablanca no fué, en todo caso, más que una máquina de guerra. La que hemos inaugurado ayer es una gran obra de paz. En el intervalo, las naciones han aprendido mucho. Han descubierto, entre otras cosas, la verdadera significación de la empresa colonial. De una verdad se han penetrado, y es que en la acción colonial pueden, desde ahora, dar vida a una noción de solidaridad humana adquirida penosamente en medio de los desgarramientos y de las ruinas. Quedan aún sobre la tierra vastos campos por roturar y pacíficas batallas por reñir contra la ignorancia, la miseria y contra las malas fuerzas de la Naturaleza.» Digamos, por nuestra parte, que todos los días son lunes, días de recomenzar y de persistir. A la guerra del 14 al 18 ha seguido una segunda gran guerra, no tan sólo más cruel, sino más estéril que la primera.

Como Lyautey en 1931, grandes soldados vaticinan en 1947 auroras de paz entre las cien mil que todavía no han nacido. Recomienzan las batallas que Lyautey pedía contra las fuerzas del mal, siempre tenaces. El pesimismo se alía con los gobernantes de estirpe clásica, con el don de entusiasmo. Creer para crear es preciso mientras se pone la fuerza al servicio de la gran obra.

El hombre no es bueno, pero la bondad tampoco le es ajena. El político, como el pensador de raza, parten del pecado original en sus concepciones de la criatura humana. En lo que tóca a nuestra naturaleza y a nuestro destino sa-

ben a qué atenerse, pero sin abdicar su firmeza y sin retroceder un solo paso. El pecado original es inexplicable en sí, pero sin él no se explica nada. Bien lo sabe el clásico que vive su odisea y redacta el discurso de las pasiones.

En aquella Exposición de 1931 la Arquitectura reprodujo en París monumentos coloniales, y el que entre ellos es la obra maestra construída para siempre en Asia: el templo de Angkor. Con templos así soñaba alguno desde cuarenta años antes de visitarlos. Y otro como él, marino, viendo la reproducción de la obra maestra de la Indochina pensaba, más o menos, lo que sigue: «El templo de Angkor es seguramente el más colosal de los monumentos religiosos que haya en el mundo; superior a cuanto posee la India; superior también a cuanto se esconde en la misteriosa Borneo. Pero como antiguos, no lo son tanto que no se pueda mejor o peor conocer su historia. Datan o del siglo VIII o del siglo IX de nuestra Era, hasta donde en este punto alcanzan las noticias de unos y de otros.»

Fueron elevados para dotar a la gran sede Kmera de un santuario brahmánico digno de ella. Tres o cuatrocientos años después de su fundación, los monjes budhistas tomaron posesión del templo. Algunos siglos más tarde, el pueblo kmera era borrado del número de los pueblos de Oriente, como lo había sido en el siglo XIV ese inquietante pueblo tcham, que venía del Sur y era del Islam.

Nada quedó de los «tchams», a quienes los annamitas aniquilaron con impresionante ferocidad.

De los kmera quedaron unos tímidos despojos que nadie sabe por qué el invasor de Hué y el invasor de Bangkok quisieron que no perecieran del todo.

Las naciones de Europa que han llegado a la Indochina contienen ante todo el frenesí de los exterminios entre sectas. Lo que reina allí no es ni remotamente el furor dionisiaco, que era para los griegos el origen de la tragedia. Los dioses, eso sí, tienen sed; y la sangre humea a un cielo que vierte sobre la Indochina diluvios o insolaciones.

¿Reclaman Ho-Chi-Min y el Viet-Nan libertades como las que la Indochina conoció en días remotos?

Estaba entre ellas la libertad con que las razas fuertes

exterminaron a razas como la kmera, a la que el Asia debe la maravilla de Angkor, que no vale menos que los jardines colgantes de Babilonia o que el templo de Diana de Efeso.

No es Angkor, en cuanto paraíso perdido, lo que Ho-Chi-Min y el Viet-Nam, movidos por la U. R. S., oponen a Francia o a la Europa que contenía con sus misiones el frenesí de los exterminios entre los naturales.

Para impedirlos estaba allí y fué y sufrió martirio en 1857, hace noventa años justos, el obispo español Fr. José María Díaz, titular de la sede de Platca y vicario apostólico de Tonkin central. Intervino entonces, «*manu militari*», España en acción conjunta con fuerzas de Francia. Tropas de guarnición en el archipiélago filipino, al mando del coronel D. Bernardo Ruiz de Lanzarote, y dos barcos de la Flota, el «*Reina de Castilla*» y el «*Elcano*», participaron en la conquista de la Cochinchina, en la que el héroe principal fué el coronel del Cuerpo de Ingenieros D. Carlos Palanca.

Conocen cuantos nos leen la obra francesa en la Indochina después de 1858. Lo mejor de este territorio, pese al nacionalismo de Ho-Chi-Min, es lo que Europa le ha dado. Es y era y será. Y si el templo de Angkor para los indochinos sigue en pie, a la Europa eterna se lo deben.

LOS CINCO PRIMEROS TRATADOS DE PAZ

Como al amor, la muerte ronda a los tratados desde que nacen. Peor que el sino de pasar es para ellos el de envejecer aprisa. Dentro de veinte años conocerán la decrepitud de los cien, y dentro de cincuenta la de los mil. Siega el tiempo las torres más altas como si fueran espigas, y es, además, el último en reír.

En los archivos del Quai d'Orsay y en otros, cinco tratados esperan desde hace días mustiamente al mañana. Son los primeros de paz, y están firmados por las naciones interesadas y por la U. R. S. S., los Estados Unidos, Gran Bretaña, China, Francia, la India, los Países Bajos, Nueva Zelanda, Polonia, Bieloxxusia, Australia, Bélgica, el Brasil, Canadá, Checoeslovaquia, Etiopía, Grecia, Ucrania, Unión del Africa

del Sur y Yugoslavia. Estos cinco tratados ponen término al régimen de armisticios en los que la guerra palpitaba aún. Habían sido aceptados por Italia el 3 de septiembre de 1943, por Rumania el 12 del mismo mes de 1944; por Finlandia siete días después; por Bulgaria el 8 de octubre del mismo año, y por Hungría el 20 de enero de 1945. Seguía el armisticio pactado entre los Gobiernos de Roma, Londres y Washington a las negociaciones secretas que el mariscal Badoglio condujo después de la caída de Mussolini. Las cláusulas de este convenio eran rigurosamente militares, pero se preveía en una — en la 12— la comunicación, en su momento, de las condiciones políticas, económicas y financieras.

Los aliados, pues, intervenían de hecho en la fluctuante Italia. Si Hamlet es para siempre el príncipe de los indecisos, la actitud de la Casa de Saboya era, como en el país de Shakespeare se calificó, irreparablemente hamletiana. Después, eso sí, de la declaración de guerra del Gobierno real italiano al Reich el 13 de octubre de 1943, Londres y Washington reconocieron a Roma como la capital de un país cobeligerante. ¿Manténían, con todo, los derechos que el armisticio les confirió para arreglar la cuestión italiana? No; y se convino en crear una Comisión en la que Francia y Rusia participasen. Italia supo perder, pero repetía, hacia dentro, hamletianamente, el

“Methought. I lay
Worse than the mutines in the bilboes.”

Se sentía más lastimada que los amotinados de una goleta por el hierro de los grillos. El Bilbao de la quilla y la rueda es el que forjaba en sus hornos las ligaduras de esos “bilboes”. Vimos justamente un otoño llegar a la ría una fragata con el capitán en viaje de bodas sobre el puente, y la tripulación amotinada abajo. El gran velero se llamaba “Helicon”, y traía de Chile nitro.

De Bilbao eran en el Siglo de Oro los “bilboes” o “grillos” de la escena segunda del acto quinto del “Hamlet”, y el “bilbo”, o sea la espada de “Las alegres comadres de Windsor”. Presta el Bilbao de antaño espadas a Castilla, como le

presta los hombros para que se aúpe en ellos y vea el mar. ¿Qué será de la Italia que tanto fué? El armisticio presupone la ocupación militar, que no ha cesado hasta ahora. De ella se manumite Italia con el tratado, a la vez que de las cargas consiguientes. Pero, "di Roma l'aquila alata avanza contro ogni vento"? Pues ojalá..., pero...

El armisticio no se parecía en todo caso a las treguas que Moscú ajustó con las naciones satélites del Reich. Rusas fueron y son las fuerzas ocupantes de estos territorios. El despotismo en el Este de Europa es algo más que la mano de hierro bajo el guante de seda que imaginaba la Internacional patricia. La tutela de la U. R. S. S. a quien más subyuga es a quien más protege, como en los tiempos últimos a Bulgaria y a Rumania. El abrazo para con la nación magiar, aunque no de tanta ternura, no es menos asfixiante.

De Finlandia no logra ese amor que se niega y que se entrega en el doble juego que Ovidio nos enseñó en latín. A las treguas han seguido los tratados, y resumiremos ahora las cláusulas que los rigen. Asegura Moscú que en el estatuto territorial de cada Estado se parte del principio de las nacionalidades y del derecho de las naciones a disponer de sí mismas. La regla, empero, del plebiscito queda descartada, y la de la protección de minorías también. No hablaremos de las disposiciones comunes a los tratados, y sí de las especiales para cada uno de ellos. Hélas condensadas aquí:

Italia.

Cláusulas territoriales: 1.º Estipulaciones sobre delimitación de fronteras entre Francia e Italia. Esta segunda nación cede a la primera territorios en el desfiladero de San Bernardo (Hospicio) en territorio francés, en la meseta del Mont Cenis, en la cumbre alpestre de Thabor, en Chaberton y en los valles superiores del Tineo, afluente del Var y del Roya, siguiendo la divisoria de aguas (Teuda y Briga a Francia). 2.º Fijación de confines con Yugoslavia, a la que Italia cede la Istria, en el golfo adriático del Quarnero, pero no Trieste, ni quizá tampoco Pola. Pierde, sí, Fiume, puerto

y arsenal de Hungría bajo el régimen austríaco y capital de un diminuto Estado libre de 1920 a 1924, y pierde las islas de Lussino, Cherso y Pelagosa. En la costa dálmata la suerte de Zara está echada también con los lugares de Borgo, Erizzo, Cerno, Dielo y Bocagnazzo. 3.º Restituye Italia a Grecia Rhodas y las demás islas del Dodecaneso, que recibió, sin embargo, de Turquía, en virtud del Convenio de Lausanne, de 24 de julio de 1923. A verse cercenada de estas posesiones del mar Egeo no se avendrá fácilmente la ex monarquía imperial, aunque a lo hecho, pecho. 4.º Renuncia a las colonias de Africa, que es tanto, para Italia, como renunciar a una mitad de sí misma... 5.º Devolución a Albania, en la bahía de Valona, de la isla de Sasseno, ex helénica, y que Roma ganó por el Tratado italo-albanés de Tirana, de 3 de agosto de 1920, ratificado en la Conferencia de París de noviembre de 1921.

Cláusulas militares: 1.º Destrucción de los sistemas permanentes de fortificaciones e instalaciones militares a lo largo de las fronteras franco-italianas en el plazo de un año. 2.º Desmilitarización de Pantelaria, de las Pelagias (Lampedusa, Lampione, Linosa), de Peanosa y parte de la Cerdeña y de Sicilia. 3.º Prohibición de fabricar ciertas armas (cañones de largo alcance, minas submarinas, armas atómicas). 4.º Desarme naval: Se restringe y limita la flota a dos unidades de línea, cuatro cruceros, cuatro destróyers, 16 torpederos, veinte corbetas. Efectivo total que, dentro de un rigor sin atenuaciones, se consiente: veintidós mil hombres. 5.º Ejército reducido a ciento ochenta y cinco mil hombres y doscientos carros de combate. 6.º Se contrae la aviación a doscientos aparatos de combate y ciento cincuenta aviones de transporte. Se le veda a Italia el uso de los de bombardeo. Ni uno tan sólo tendrá en sus arsenales.

Cláusulas sobre reparaciones y restituciones: 1.º Pago a la U. R. S. S. de reparaciones por valor de cien millones de dólares, en siete años, pero no por entregas que se descuenten de la producción industrial corriente durante los dos primeros años. La U. R. S. S. suministrará a Italia las materias primas necesarias para la producción de mercancías que han de servir para pagar las reparaciones. 2.º Pago de 260 millones de dóla-

res, distribuidos así: 125 a Yugoslavia, 105 a Grecia, 25 a Etiopía y cinco a Albania. 3.º Restitución de bienes tomados como presa o como botín en el territorio de las Naciones Unidas y renuncia a toda reclamación que se funde en hechos de guerra. 4.º Restablecimiento de los derechos todos e intereses legales de las Naciones Unidas con Italia, tal y como existían el 10 de junio de 1940. Compensación del 66 2/3 por 100 en caso de destrucción. 5.º El Gobierno italiano se compromete a entregar al Gobierno francés todos los archivos históricos y administrativos anteriores a 1860 y relacionados con el territorio cedido a Francia por el Convenio del 24 de marzo de 1860.

Rumania.

Las fronteras de Rumania se conformarán: 1.º A las que existían el 1.º de enero de 1941 en lo que concierne a la línea de mojones o mugas con Rusia y que fueron fijadas por el tratado ruso-rumano de 28 de junio de 1940 (cesión de la Besaravia y la Bucovina —dos bes— del irredentismo rojo que alega con el de los zares).

2.º A las que existían el 1.º de enero de 1938 en lo que concierne a la raya rumana y a la raya magiar. Transilvania pasa a poder de Rumania.

Cláusulas militares.—1.ª Serán mantenidas las fortificaciones indispensables para la defensa local de las fronteras; 2.ª Se reduce el ejército a un efectivo de 120.000 hombres; 3.ª En la armada no contará la flota con más unidades que seis torpederos y 12 corbetas; ni más hombres en las dotaciones que 5.000; 4.ª En la aviación se limitan a 150 los aviones militares, a 100 los de combate y se prohíbe los de bombardeo.

Cláusulas sobre reparaciones y restituciones.—1.ª Reparaciones a la U. R. S. S. por los daños y perjuicios que el ejército rumano produjo al ocupar territorio soviético. Podrán elevarse hasta 300 millones de dólares pagaderos en ocho años en mercancías o en materias primas; 2.ª Rumania reconoce como válidas las reivindicaciones y los derechos de la U. R. S. S. sobre todos los bienes alemanes de Rumania.

Hungría.

Cláusulas territoriales.—Las fronteras de Hungría con Yugoslavia, Rumania y Checoslovaquia serán las que existían el 1.º de enero de 1938. Se declara la nulidad de la sentencia de arbitraje de Viena de 30 de abril de 1940.

Cláusulas militares.—Podrá Hungría disponer de un ejército de 65.000 hombres, contando dentro de esta cifra la flota de vigilancia del Danubio. Podrá asimismo disponer de 90 aviones, entre los que 70 sean de combate, con un personal de 5.000 hombres.

Cláusulas sobre reparaciones y restituciones.—1.ª Reparaciones a la U. R. S. S., a Checoslovaquia y a Yugoslavia en la proporción de dos tercios al Gobierno de Moscú, un sexto al de Belgrado y un sexto al de Praga. Estas reparaciones serán pagaderas en ocho años en naturaleza: cereales y otras especies, máquinas y barcos fluviales; 2.ª Los derechos en cuanto a intereses de Norteamérica quedan reservados.

Bulgaria.

Cláusulas territoriales.—Retorno a las fronteras tal y como existían en 1.º de enero de 1941. Bulgaria conserva Dobrudja.

Cláusulas militares.—1.ª Reducción de las fortificaciones a la defensa local; 2.ª Ejército de 55.000 hombres en total; 3.ª Autorización de poseer una flota de 7.000 toneladas, con efectivo máximo de 3.500 hombres; 4.ª Aviación militar limitada a 90 aparatos, de los que 70 serán de combate, y a un personal de 1.500.

Cláusulas sobre reparaciones y restituciones.—1.ª Reparaciones a Yugoslavia y a Grecia por los daños infligidos a los dos países. No excederán los pagos de 120 millones de dólares; 2.ª Sobre las incautaciones de bienes alemanes en Bulgaria, Rusia posee derechos que Bulgaria reconoce explícitamente.

Finlandia.

Cláusulas territoriales.—Las fronteras de Finlandia son las del 1.º de enero de 1941, a excepción de la provincia de Pétsamo, que se incorpora a la soberanía rusa. La U. R. S. S. renuncia a consolidar en nuevo protocolo la entrega de la península de Hangoë a cambio de que se le otorgue una base naval en la zona de Porkala. El tratado de 12 de marzo de 1940 entre Finlandia y Rusia recobra su vigencia.

Cláusulas militares.—1.ª Desmilitarización de las islas Aaland; 2.ª Destrucción del sistema de fortificaciones permanentes a lo largo de la frontera ruso-finlandesa; 3.ª Ejército de 34.000 hombres; 4.ª Marina de un tonelaje de 10.000 toneladas, con 4.000 tripulantes; 5.ª 60 aviones militares, con dotación que no exceda de los 3.000 hombres.

Cláusulas sobre reparaciones y restituciones.—1.ª Reparaciones a la U. R. S. S., pagaderas en ocho años en forma de entregas de mercancías. La U. R. S. S. exigirá una parte tan sólo de la suma de esta indemnización, que no excederá de los 180 millones de dólares; 2.ª Los derechos de Rusia sobre las incautaciones de bienes alemanes en territorio finlandés son reconocidos sin la menor reserva.

Trieste.

En la cláusulas territoriales del tratado con Italia se proclama a Trieste ciudad libre. ¿Ciudad? Con su zona adyacente es casi un principado sin príncipe que la rijan ante el turismo universal. Es un Estado también al que le regalan soberanía en unos papeles. Ciento cincuenta mil italianos de Trieste se han comprometido a educar a sus herederos en el idioma de la gran metrópoli y en la tradición cultural del Dante.

El coronel Alfredo Bowman se duele, en tanto, de que se multipliquen las peticiones de apertura de casas de juego. Otras hay de abogados que desean establecerse en la ciudad libre por si se adoptan allí medidas generales sobre el divorcio. ¿Otro Montecarlo, otro Reno? Esperémos que no; pero

los Estaditos que caben en la palma de la mano, y los rascacielos no de cien ni ochenta pisos, sino de diez o de doce, no nos gustan. Estos rascacielos, al lado de los de Nueva York, son como dados diminutos. Nuestro es el aforismo "contra el mito de los titanes, la santa noción de los límites". Contra el mito de los enanos, las proporciones justas también.

LITIGIOS PREBÉLICOS Y EL GRAN PUENTE
DE PLATA SOBRE CONTINENTES

El gran teatro del mundo es ya menor que el teatro de la guerra, que no cabe en el globo. Quien vuela mañana de Chicago a Irkutsk, o de Nueva York a Shangai, o de San Francisco a Moscú elegirá la ruta que pase por el Polo Norte. Colonizan el desierto boreal dos potencias: los Estados Unidos y la U. R. S. S. Ciudades de madera, aeródromos y minas se extienden desde el paso de Behring hasta el fiordo de Petsamo, en las costas siberianas y en las islas del Océano Glacial. Ostiacos, chucos o samoyedos, a la vez que rusos, jadean en los yacimientos de apatita o de níquel, o en los de galium, platino o petchblendá. Un nuevo continente nace a trabajos y a días que empiezan a ser historia. Pero el candor de las primeras edades que sonreían a Hesíodo se ha helado. Un megaterio que se exhibiera para nosotros en el Circo Parish sería una novedad. Pues en tierras árticas se ha saltado desde el período prediluvial hasta nuestro tiempo. El aviador Syrokvsthy ha transportado en un viaje de 30.000 kilómetros a través de puestos polares de los soviets a unos cuantos artistas para esparcimiento de los trabajadores. A su vez, el jefe del Konseverputj (Ministerio de la Ruta del Norte que cuenta con 10.000 funcionarios) era portador de premios para los invernantes del Artico.

Al otro lado del casquete polar, desde la Groenlandia danesa hasta Behring, dos naciones, Canadá y los Estados Unidos, mantienen 30 establecimientos, en los que estrategas, físicos o ingenieros de minas se han, con temple heroico, aislado. "Excavadoras o bombarderos ---escribe un observador---, aparatos de radio, de radar, de defensa antiaérea y depósitos de

esencia, aeródromos, concentraciones de pilotos y de mineros se hallan repartidos entre Islandia, Victoria Land, una isla (con Prince Albert Land y con Vollaston) mayor que Inglaterra y Punta Barrow, y allí, frente a la Siberia de los soviets, en el 71° de latitud Norte, la Marina norteamericana se ha atribuido una enorme extensión de hielo, en el que nadie, por sí, pone pie. Quedan así protegidos contra una invasión por el Polo los campos de petróleo y de minerales preciosos, la carretera de Alaska, creada al ritmo de 2.500 kilómetros en ocho meses, gracias a medios ciclópeos, y la "Radium City", en fin, o ciudad del uranio."

En Alaska entonces, sobre el Artico azul, ¿va a crearse el 49 Estado de la Unión? Siete millones doscientos mil dólares pagó Norteamérica a Rusia, ochenta años ha, por Alaska, que es territorio de 1.518.714 kilómetros cuadrados. Veinticinco millones de dólares pagó medio siglo después a Dinamarca por las Islas Vírgenes, que caben en la mano, ya que dan, bien medidas, los 344 kilómetros cuadrados. (Pero fueron, eso sí, bautizadas por Colón cuando en un como octavo día del Génesis se nos dió el paraíso de América. Eso las encarece, y es justo.)

Junto a Juneau, la capital, y a Ketchikan, y a Siski, y a Nome, tiene Alaska un Petersburgo y una Córdoba. El frío en la de allí se deja modelar en bloques de construcción para partenones de esquimales. El silencio en la Córdoba de aquí es regalo de califa cuando cuaja, de tal modo que se deja cortar en barras que después se exportan a Inglaterra.

Pero volvamos a las soledades árticas, donde las naciones, Rusia y los Estados Unidos, se disputan dos superioridades: la estratégica y la económica. ¿Asistiremos pronto a batallas más allá del círculo polar? Respondan por nosotros esas maniobras militares que con nombres como "Eskima", o "Polar Bear", o "Lemming" ejercitan a formaciones motorizadas o aerotransportadas a una temperatura de 50° bajo cero. Los norteamericanos están prevenidos, pero los rusos se desvelan y madrugan también.

En la Tundra septentrional de Siberia, durante el breve verano, el deshielo es el enemigo de los aviones, que se ayudan con esquís. De tener a raya al deshielo se trata, y la ingenie-

ría soviética lo ha logrado en parte. Trabaja desde luego in-fatigablemente, y los aeródromos construídos en la costa de Murmansk, en Taimir o en el delta del Lena, se mantienen congelados. Pero la noticia de alcance político es ésta que sigue: Los rusos han propuesto a Noruega un plan de defensa común de Spitzberg, la Isla de los Osos y la parte septentrional de Escandinavia comprendida entre el Cabo Norte y Petsamo. Posee Noruega las Islas de Svaivard, situadas entre los 10 y los 35° de longitud Este y los 74 y los 81 de latitud Norte, con Longyearbyen como capital. Spitzberg y la Isla de los Osos, ya noruegos por el Tratado de París de 9 de febrero de 1920, fueron reconocidos por la U. R. S. S. en 1924, pero el Gobierno de Cristianía es de hecho soberano de estos territorios desde el 14 de agosto de 1925. El gobernador (Sysselmann), nombrado por el rey Gustavo V, es el primer funcionario que depende del baiío de Tromso. Pedirá Moscú no tan sólo la defensa en común del país que los noruegos llaman de las costas frías, sino la revisión además del Tratado de París. Los norteamericanos replican consolidando la ocupación de territorios daneses en Islandia y en la Grocalandia. Admiten que los Gobiernos de Copenhague y de Reykiavik no han perdido soberanía sobre las posiciones ocupadas, pero permanecen en ellas porque es preciso. "Nos debemos —confiesa Wáshington— a un mañana inmediato que vivirá grandes anales muy cerca del Polo. En mil periódicos sonará ya pronto mil veces el nombre de Spitzberg, que hoy nos es lejano como una estrella." ¡Spitzberg! De allí zarparon los primeros aviadores traspolares. En Ny Alesund, el explorador Amundsen, noruego, que iba a volar sobre el Polo en el dirigible "Norge", vió volver en el "Fokker" a Byrd, que se le había adelantado en la empresa.

La emulación nobilísima de entonces es, años después, rivalidad con Rusia como tercero en discordia. El Polo Norte, al que Peary llega el 6 de abril de 1909 y Byrd el 9 de mayo de 1926, será, hacia 1950, el gran puente de plata entre continentes.

Pidamos ya al Altísimo que otra guerra estéril no lo vuelva.

LOS PACTOS DE LETRÁN INCLUIDOS EN LA
CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA ITALIANA

Desde hace días, los Pactos de Letrán han quedado incluidos en la Constitución de la república italiana. De la Asamblea Constituyente y con 350 votos contra 149 salió el acuerdo ante el que Roma se hace cruces. El hecho de que los comunistas hayan votado en pro autoriza ciertamente el "stupore".

Cabezas de libertinos encanecen en Roma, y ¿dónde no?, sobre hombros de ermitaños. Que el diablo mismo simule esta conversión no escandaliza en las riberas del Tíber. El "furbo" allí pide mutaciones más sorprendentes, porque si el diablo es viejo, los hijos de la loba no son tampoco de ayer. Pero libertino de los del "fluere voluptatis", ni "furbo", ni rehén de altura para el diablo no es el capitoste del comunismo en Italia.

Justamente el discurso de Togliatti en favor de los Pactos de Letrán ha sorprendido por lo que hay de toseco en el orador. Bien es cierto que basta vivir para ver ahora todo y lo contrario de todo.

La ciudad de Roma era lo que quedó del Estado de la Iglesia, disuelto en 1809-1814 como monarquía electiva absoluta. Italia ocupa Roma el 20 de septiembre de 1870, aunque la incorporación definitiva en virtud del plebiscito no se consuma hasta el 9 de octubre. Ni ésta ni la ley de garantías de marzo del 71 consignan el reconocimiento de los Papas. La "cuestión romana" que subsigue a estos hechos es dirimida por los Pactos de Letrán de febrero de 1929. Anula por ellos Italia la ley de garantías y reconoce la soberanía absoluta del Pontífice sobre el Estado de la Ciudad del Vaticano y paga 750 millones de liras al contado y 1.000 millones en empréstitos como indemnización por la incorporación del Estado de la Iglesia. El Papa, por su parte, reconoce el reino de Italia, con Roma por capital, renuncia al patrimonio de San Pedro y declara que la cuestión romana está definitivamente concluida.

La Asamblea Constituyente de la república quería fijar el estatuto de las relaciones entre los dos poderes. El artículo de

la Constitución que las prevé es el 7.º y dice así: "El Estado y la Iglesia Católica son, cada uno en su propio orden, independientes y soberanos. Sus relaciones están reguladas por los pactos lateranenses. Las modificaciones que en ellos se produjeran, bilateralmente aceptadas, no exigen procedimiento de revisión constitucional. Las otras confesiones religiosas tienen derecho a organizarse según los propios estatutos, en cuanto no contraríen el orden jurídico de Italia. Las relaciones con el Estado son regidas por la ley sobre la base de entendimiento, mediando siempre las respectivas representaciones."

El anunciado debate sobre este artículo pobló expectantemente las tribunas del Palacio Montecitorio. En los escaños no había, al parecer, un solo hueco. Cien conjeturas de prensa y los vaticinios más varios habían precedido a la sesión. Duró el debate desde las cuatro de la tarde hasta la una y treinta y cinco de la madrugada. De Gasperi, como se presentía, pidió a la Cámara que votase el artículo que incorpora a la carta fundamental los pactos lateranenses de la concordia. El nos ayuda —afirmó— a consolidar la república y a traer las treguas que el régimen necesita. No conturbemos inútilmente las conciencias, en las que la fe es un legado que las generaciones hemos recibido con otros bienes. Dos verbos han moderado, aunque tardíamente y para una tarde, el idioma de De Gasperi: son "condescender" y "conciliar". Después de tantas agitaciones, ¿cómo y ante quiénes contemporiza el gobernante? En este punto no vemos claro, ni el propio De Gasperi verá.

"Clero" equivale a algo así como a mester de clerecía en seglar. De cléricatura de intelectuales se ha hablado en el mismo tono que de república de profesores. Lo que menos se parece a un intelectual, en cuanto "clerc", es un ideólogo venido a menos. De estos ideólogos, o sea de lo que sobreviven de una especie extinguida, es Nenni, y lo es hasta dentro del socialismo. No iba a votar el artículo 7.º y ha votado con su partido en contra. Sobriamente y con pobreza de luces —su virtud— ha procedido. Ya la táctica de Togliatti es la de Moscú con gotas de Occidente. Emulsiona el ruso las suyas bizantinas en el compuesto tártaro de su sangre, y ya sabemos lo que resulta. Togliatti, italiano, es de estirpe muy tra-

bajada por el saber y por el tiempo. Cuando le toma las malas artes a Moscú es, en su doblez, redomadamente puro.

En el debate sobre el artículo 7.º en la Asamblea, Rusia es la voz y Togliatti el eco, que le sale aterciopeladamente por detrás de una máscara. La ficción en Roma conoce el refinamiento y, cuando se bate, las mejores fintas.

El jefe en Italia del comunismo no vacila cuando en el Palacio de Montecitorio anuncia: "No se recrudecerá por nosotros la cuestión romana, que desde 1929 no existe de hecho. A los que arguyen que la paz religiosa es un beneficio, contestamos: lo es, y los comunistas la anhelan como el que más la anhela. Si hay pleitos que nos contrarían son los de orden religioso. Los más de los obreros afilados al partido son sinceramente católicos. Nuestro deber es respetar las creencias de los que conviven día a día con nosotros. No queremos que se abra una sima entre nuestros grupos y los de la democracia cristiana."

Vivir para ver y para escuchar lo que Italia ha visto y ha escuchado con estupor. Oír a Togliatti esas palabras era mucho, pero ver que los comunistas con él votaban el artículo 7.º era más. Y con todo, el episodio es mínimo ante la permanencia de la Iglesia de que somos hijos para nuestra ventura.

En cuanto a la ciudad vaticana, yergue sobre nuestras disputas la nobleza que vence al tiempo. Nombres de grandes Pontífices y frecuentemente de sus linajes van asociados a obras maestras —alegría para siempre— en palacios, basílicas y museos. Residen los Papas en la Edad Media en el Palacio de Lotrán, y el primero que erige su morada junto a la Tumba de los Apóstoles es Gregorio XI (un Roger) al regresar del cautiverio de Aviñón, trece años antes de que el siglo XIV se extinga. Entre 1450, fecha en que un Parentucelli —Nicolás V— manda construir el Palacio Apostólico Pontificio, y 1565 los Papas creadores de belleza en la ciudad vaticana son Sixto IV (della Rovere), o Inocencio VIII (Cybo), o Alejandro VI (Lanzol Borja), o Julio II (otro della Rovere), o León X (Médicis), o Paulo III (Farnesio). Son entre 1565 y 1667 Gregorio XIII (Boncompagni), o Sixto V (Peretti), o Paulo V (Borghese), o Urbano VIII (Barberini), o,

en fin, Alejandro VII (Chigi). Son después de un siglo de interrupción en las grandes obras, son entre 1770 y 1878, Clemente XIV (Ganganelli), o Pío VI (Braschi), o Pío VII (Chiaramonti), o Gregorio XVI (Capellari), o Pío IX (Mastaferretti). De Papas más recientes no hablamos y sí tan sólo de aquellos sin los que los artistas de que el mundo se ufana no hubieran sido lo que fueron. La Historia se ha arrodillado con sentido reverencial ante estos bienhechores egregios, como Platina, con su humanidad y sus humanidades ante Sixto IV, fundador de la Biblioteca Vaticana, en el cuadro de Melozzo de Forlì. Ante la Historia y sus reconocimientos, sesiones como las de la Asamblea Constituyente, con discursos de Togliatti o sin ellos, son episodios mínimos.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.

